

Las paradojas del imaginario hondureño

La internalización de un imaginario no es arbitraria, sino que se construye sobre las materias primas de la historia, la geografía, la lengua y las imágenes comunales; elementos necesarios para restaurar la comunicación espacial y temporal que permite la construcción de la memoria colectiva (Palacios 2003). En ese sentido es importante conocer la manera en que los hondureños y hondureñas actualmente imaginan y representan su sociedad, especialmente cuando el país, durante las últimas décadas, ha experimentado una serie de cambios socioculturales.

Al comprender la cultura como “un modo de vida y un modo de vivir en comunidad” (UNESCO 1998), se incluyen los valores y las prácticas de los grupos humanos, sus saberes, sus tradiciones, tanto como sus respuestas a situaciones nuevas, y las formas como enriquecen y reinventan su vida en común. Más que un conjunto dado de costumbres o de realizaciones intelectuales o artísticas, entonces, la cultura es ese proceso activo en el que a cada momento se recrea la vida social.

Si bien en la actualidad se acepta la existencia de prácticas y valores que distinguen las relaciones sociales en determinados contextos (y que han permitido el auge de estudios sobre la cultura de los ciudadanos), lo que se encuentra en discusión es su valor explicativo. No hay acuerdo con respecto a la dirección causal que puedan tener los distintos elementos culturales sobre el desarrollo. Al respecto sólo es posible hacer conjeturas fundadas en razones, a sabiendas que las consecuencias con respecto al desarrollo pueden ser tan variadas como las sociedades y las culturas mismas (Przeworski 1998).

Desde esta perspectiva, el presente capítulo aborda, mediante un estudio de percepción¹, la dimensión subjetiva de la cultura a partir de los siguientes aspectos: a) la dinámica del cambio, entendida como los procesos de apego a la tradición y de disposición a la innovación y la reinención; b) la identificación de los hondureños entre sí y con su cultura; y, c) las relaciones de convivencia.

La consideración en conjunto de las opiniones de los hondureños y hondureñas permite visualizar rasgos de un imaginario cultural que se muestra rico tanto en diversidad como en contradicciones, en elementos tanto potencialmente favorables como desfavorables para el desarrollo humano. El hecho es que los resultados muestran factores para identificar la existencia de un sujeto colectivo que se reconoce a sí mismo y que potencialmente debería ser capaz de movilizarse por fines compartidos y de beneficio general.

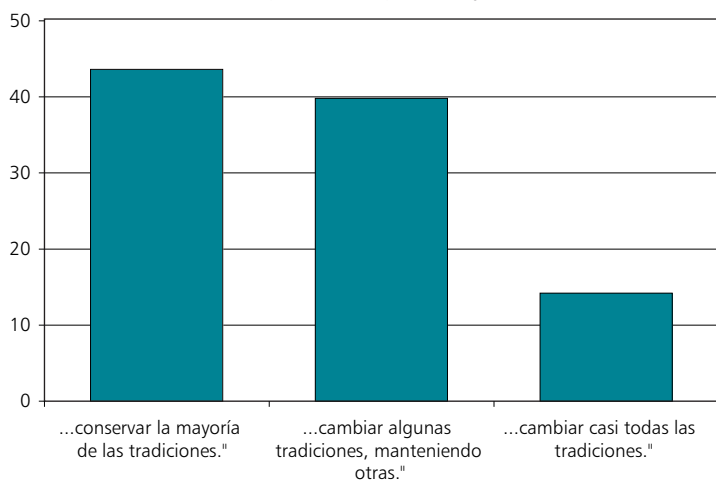
A pesar de los cambios hacia una sociedad industrializada y modernizada, los hondureños y las hondureñas no han internalizado estos cambios totalmente, pues las percepciones muestran actitudes y valores más conservadores y tradicionalistas que innovadores o de transformación. Las tendencias a la apatía, a la pasividad y al conformismo podrían obstaculizar los esfuerzos a favor del desarrollo humano, pero al mismo tiempo es persuasiva la denuncia de estas actitudes, en cuanto que hace pensar en un llamado enérgico y en un movimiento en curso al interior de la cultura por superarlas.

El apego al pasado y a la tradición pone de manifiesto cierta resistencia a perder lo que se tiene y que se considera valioso, y tiene como corolario un cierto temor por el futuro que puede desincentivar los cambios para el desarrollo en la medida en que todo cambio encierra un riesgo. El respeto, la cortesía, la amabilidad, la amistad, la vida familiar, son elementos que la población considera que no deben perderse en la cultura hondureña. Y esto lleva a poner un acento en el cuidado de la cohesión social que se traduce en una alta preocupación por los problemas de seguridad del país, preocupación que se sobrepone incluso a la meramente económica o de ingreso.

No obstante los altos niveles de pobreza, existe una percepción no tan desfavorable sobre la satisfacción de las condiciones de vida. Para superar las condiciones concretas de la pobreza del país quizás se requiera de actitudes más decididas de re-

GRÁFICO 4.1

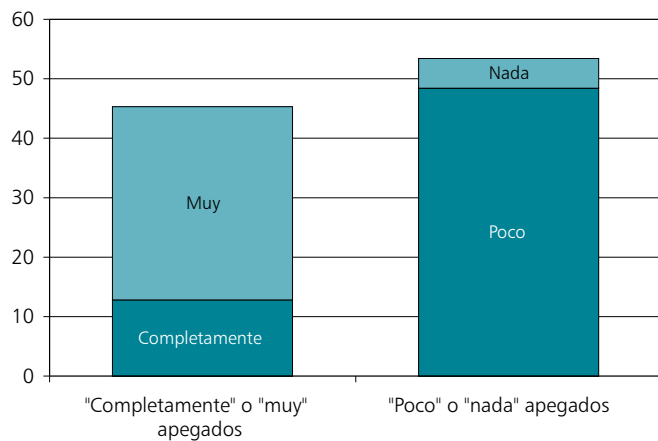
"Para alcanzar el desarrollo se tiene que...."
(respuestas en porcentaje)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

GRÁFICO 4.2

"Para Usted, ¿qué tan apegados son los hondureños a sus tradiciones culturales?" (respuestas en porcentaje)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

chazo de lo negativo (malestar), pero de igual manera esta percepción implica reflexionar sobre la idea de que el bienestar depende no sólo de elementos concretos sino de una complacencia con las condiciones de vida.

Existe una presencia activa o emergente de nuevas formas de identidad sociocultural que, sin rivalizar necesariamente con la de la nacionalidad, podrían tener un potencial favorable para la ampliación de la participación, para la extensión de los derechos humanos y la democratización. Son las identidades de los pueblos indígenas y negros de

Honduras, las identidades de las mujeres y de los pobres, las identidades que revitalizan lo local y las diversas identidades religiosas. Estas son identidades que contradicen para bien la creencia en una sociedad armónica y homogénea, en la medida en que ponen de manifiesto diferencias, relaciones desiguales o confrontaciones, pero que al hacerlo indican rumbos de conciliación y superación.

Las relaciones de convivencia entre la población hondureña están mediadas por una serie de factores tales como la desconfianza y las discriminaciones. Como se ha mostrado en varios estudios,² las personas en su mayoría manifiestan bajos niveles de confianza y de solidaridad para solucionar los problemas de la comunidad. En cuanto a la discriminación, la más percibida es la que se da por la condición de pobreza u origen social.

En este capítulo se estudia las percepciones sobre el cambio cultural, la identidad y la convivencia de los hondureños; lo que lleva implícito la consideración de una serie de contradicciones, como la alta estima que se le tiene a las relaciones interpersonales contrastada con los bajos niveles de confianza interpersonal. A la vez que existe una enorme desigualdad social y económica, se aprecia una gran complacencia y conformismo de los hondureños con los logros hasta ahora alcanzados en el desarrollo del país.

Entre el apego a la tradición y la disposición al cambio

Los vínculos entre la cultura y el desarrollo presentan un punto crítico cuando se considera el tradicionalismo de las sociedades. Si bien todas las culturas cambian y lo hacen permanentemente, los grados de mayor o menor apego a la tradición o de resistencia al cambio son variables, y la mayor o menor fortuna con que se conducen esos cambios incide directamente en la promoción del desarrollo humano. Por ello resulta importante adentrarse en la subjetividad que deriva de la transformación de un *ethos* tradicional a un nuevo *ethos* impregnado de los elementos distintivos de la sociedad moderna.

En lo que se refiere a la dinámica cultural, en el país se muestran percepciones conservadoras al menos en tres ámbitos relevantes de las conductas sociales: a) en la alta valoración del pasado y de las tradiciones culturales hacia los que los hondureños muestran un singular apego; b) en la conformidad con el *status quo*, que se expresa en niveles significativos de satisfacción con las condiciones sociales, aún tratándose de un país calificado entre los últimos en desarrollo en el continente; y, c) en la preeminencia de comportamientos pasivos que pueden estar erosionando o disolviendo iniciativas a favor del desarrollo.

Dicotomía en la valoración de lo tradicional

Para uno de los principales polígrafos de Honduras, como lo fuera Rafael Heliodoro Valle, en este país se ha originado una fuerte tradición debido a su posición geográfica y por las diversas corrientes humanas (indios, blancos y negros) que han confluído en su territorio (Valle 1981:224-228). Actualmente, parece expresarse una cierta actitud crítica hacia el pasado y las tradiciones culturales, aunque estos aspectos también son considerados importantes para tomar en cuenta en los procesos de desarrollo. Como se puede apreciar en el gráfico 4.1, para alcanzar el desarrollo, una mayoría de los hondureños (53.8%) creen que es necesario cambiar parcial o totalmente las tradiciones, aunque un porcentaje significativo (43.3%) expresa que deben conservarse la mayoría de éstas. Esto puede suponer una cierta tensión y un desafío cultural entre una parte de la población propensa al cambio, y otra más apegada a las costumbres heredadas.

Es interesante observar que son más las personas de tercera edad (63.1%) que opinan que es necesario cambiar parcial o totalmente las tradiciones para alcanzar el desarrollo, mientras que los jóvenes son las que menos expresan esta opinión de necesidad de cambio (52.0%).

En lo que se refiere a la percepción sobre las tradiciones culturales, se encuentra una tensión similar a la de la pregunta anterior. Como puede destacarse del gráfico 4.2, los que consideran que los hondureños son completamente o muy apegados a sus tradiciones suman un 45.3%, los que consideran que son poco apegados totalizan 48.4%, mientras que los que consideran que son nada apegados representan un 5%.

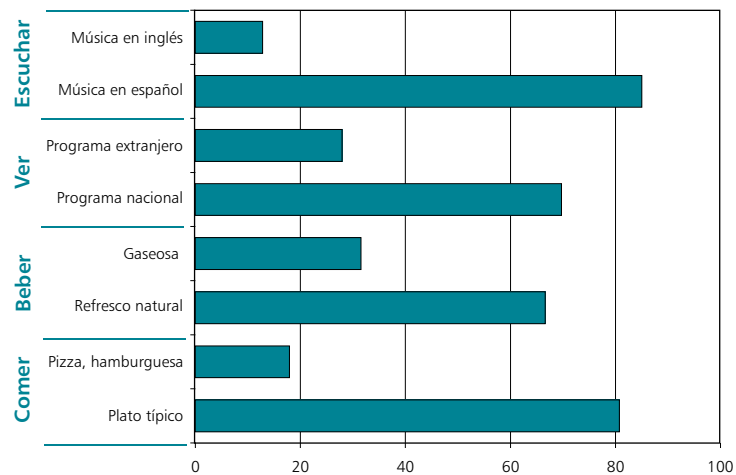
Sería un desacierto considerar las tensiones observadas en los gráficos 4.1 y 4.2 solamente como una amenaza, ya que mantener una línea de continuidad con el pasado es también una condición importante para la construcción y consolidación de un *ethos* cultural en función del desarrollo.

A pesar de lo dicotómico de las percepciones anteriormente presentadas, en algunas conductas se manifiesta una clara predisposición en los hondureños y las hondureñas hacia lo tradicional. Cuando se les pregunta a los encuestados sobre sus preferencias de consumo respecto a comidas, bebidas y entretenimiento, la mayoría se inclina por los productos de tipo tradicional o nacional (véase gráfico 4.3). Al desagregar los resultados por dominio urbano y rural, se observa que es levemente mayor la proporción de hondureños que prefiere productos nacionales o tradicionales en el área rural (79.0%), que en la zona urbana (74.7%).

Las preferencias de consumo se pueden tomar como una señal del tradicionalismo, aunque podría

GRÁFICO 4.3

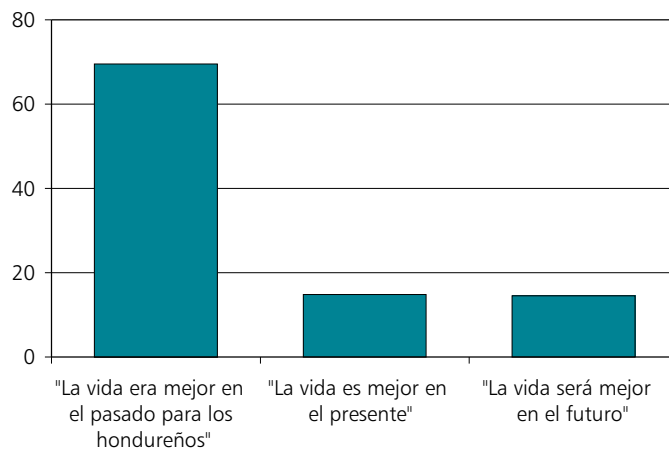
La preferencia de productos de tipo tradicional o nacional: "De las siguientes opciones, ¿cuáles prefiere Usted" (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

GRÁFICO 4.4

"¿Con cuál de las siguientes afirmaciones Usted está más de acuerdo?" (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

ser que en la práctica los hondureños y las hondureñas se inclinaran por los productos extranjeros a pesar de que idealmente se censure su consumo de acuerdo con la importancia que, al menos en el plano normativo, se otorga al respeto de la tradición.

Este respeto a la tradición se puede vincular, de alguna manera, con las valoraciones de la vida en el transcurso del tiempo, las cuales apuntan hacia una actitud nostálgica a tono con la frase "todo tiempo pasado fue mejor", combinada con cierta incertidumbre hacia el futuro, propio de una sociedad en

transición. Una mayoría de los encuestados (72.4%) considera que “la vida era mejor en el pasado para los hondureños”, mientras los demás se dividen casi equivalentemente entre los que opinan que “es mejor el presente” y los que opinan que “será mejor el futuro” (véase gráfico 4.4).

En algunas sociedades africanas se encuentran valoraciones similares del pasado, relacionadas con la exaltación de los ancestros, lo cual ha llevado a hablar de una “tiranía del tiempo” que interpone obstáculos a la tarea de prever el futuro (Etounga-Manguelle 2000). En Latinoamérica, observaciones del mismo tipo sobre la cultura de los pobres encontraron que prevalecía un escaso sentido de la historia y de lo que está más allá de su comunidad inmediata (Lewis 1966).

Conformismo y status quo

En el imaginario colectivo hondureño, parece existir una cierta complacencia con las condiciones actuales de vida, pese a los marcados rezagos que existen en el país en torno al desarrollo. Resulta llamativo el fenómeno de un país en el que, a pesar de presentar un alto nivel de pobreza, sus ciudadanos no se expresan tan desfavorablemente con respecto a su bienestar. En promedio, un 60% de los encuestados se reconocen satisfechos o muy satisfechos con sus condiciones de vida (véase gráfico 4.5). La mayor satisfacción se observa en el aspecto de salud (74.5%), seguido por las condiciones de

vivienda (69.8%) y educación (61.8%). Los resultados de este estudio, coincidentes con otras investigaciones, indican que siguen siendo las condiciones relacionadas con seguridad e ingreso que muestran menores niveles de satisfacción (42.3% y 50.7%, respectivamente).

Esto lleva a hacer al menos las siguientes consideraciones: la posibilidad de que la conformidad con las condiciones de vida haga que las personas no asuman una responsabilidad proactiva en los procesos de desarrollo; y, la medición cuantitativa del desarrollo no se corresponde necesariamente con las apreciaciones del bienestar que tienen las personas.

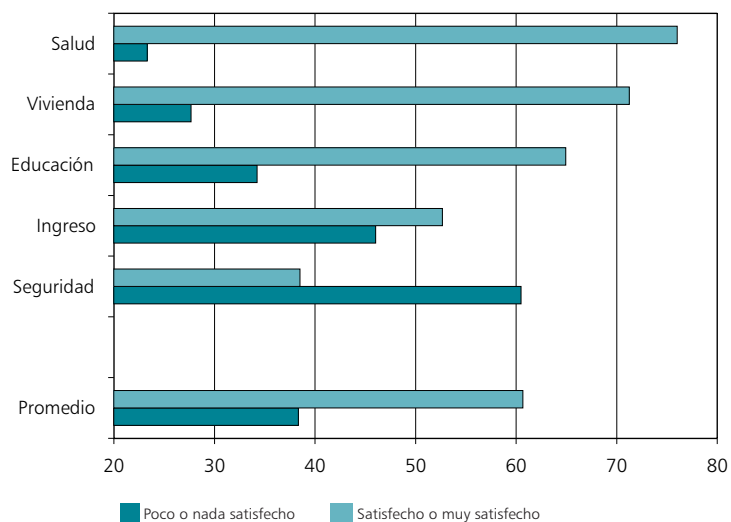
En cuanto a la idea de que la complacencia con las condiciones de vida no es lo más favorable para el desarrollo, es posible observar que la misma se desprende de una racionalidad económica del tipo coste-beneficio. Se asume que cuánto más desfavorables sean las condiciones de vida, mayor debería ser la inconformidad y consecuentemente mayor la motivación para emprender el desarrollo. Al parecer, por los motivos que sean y de acuerdo con la valoración general de las personas, esta racionalidad no es la predominante, lo que podría en efecto tratarse de un elemento retardatario o desacelerador del desarrollo. Pero al mismo tiempo, esto lleva a considerar la racionalidad implícita en las valoraciones hechas por las personas y que pueden servir para una adecuada gestión de desarrollo desde, con y para la gente.

Sin embargo, en cuanto a la incompatibilidad entre los indicadores de pobreza y las percepciones del bienestar de las personas, es oportuno recordar que se trata de mediciones de asuntos relacionados pero distintos. Como señala Amartya Sen, hay que distinguir entre las “condiciones de privación”, que pueden medirse con referencia a parámetros concretos, y los “sentimientos de privación”, que dependen de la valoración que las personas tienen de las privaciones (Sen 1992). En este caso, el que las personas manifiesten sentirse satisfechas o muy satisfechas con sus condiciones de vida en un 60% de los casos, contrasta con, por ejemplo, las medidas de pobreza basadas en el método de *Necesidades Básicas Insatisfechas*, que establecen que un 64.4% de los hogares hondureños presenta carencias en el acceso adecuado a recursos esenciales en cuanto a vivienda, agua potable, saneamiento, educación o ingreso (INE 2001a).

Al analizar los resultados del estudio, las asociaciones muestran que los hombres se encuentran menos satisfechos con sus condiciones de educación y de salud que las mujeres, y conforme aumenta la edad menor es el grado de satisfacción con las condiciones de salud, de educación, de ingreso y de vivienda. Muy significativo es que las

GRÁFICO 4.5

La satisfacción con las condiciones de vida
(Proporción que se siente “muy satisfecha” o “satisfecha”, y “poco” o “nada” satisfecha con las siguientes condiciones de vida)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

correlaciones también reflejan que a mayor nivel educativo y de ingreso, mayor la satisfacción con las condiciones de educación, de salud, de ingreso y menor su satisfacción con la seguridad. En cuanto al lugar de residencia, se observa que las personas que viven en zonas rurales están más satisfechas con las condiciones de seguridad y de vivienda que las que viven en las ciudades.

Desde cierto punto de vista, podría pensarse que el conformismo con sus condiciones de vida resulta favorable o funcional en una sociedad con escasa capacidad para satisfacer las necesidades de sus ciudadanos, ya sea por las limitaciones del aparato productivo o por las amplias brechas de inequidad y desigualdad. Mayores niveles de inconformidad supondrían mayores demandas ciudadanas y, por lo tanto, la exigencia de cambios y transformación social. Este conformismo y complacencia pueden percibirse como una manera de ser engañosa o como una estrategia de sobrevivencia (véase recuadro 4.1).

Por otra parte, esta complacencia con la vida que muestran los hondureños, puede considerarse como un fin en sí mismo que los esfuerzos por el desarrollo podrían rescatar, incrementar y en todo caso resguardar. Existe, además, una racionalidad que puede considerarse característica de las sociedades tradicionales que privilegia los vínculos familiares y las relaciones interpersonales por encima de los intereses económicos, y que puede resultar imprescindible en la tarea de orientar el desarrollo en el país.

Comportamientos pasivos que obstaculizan el desarrollo

Uno de los elementos que más destaca en las percepciones sobre la conducta social de los hondureños tiene que ver con la autodefinición en torno a la pasividad en los comportamientos respecto a diversas situaciones de la vida, que a la larga puede estar erosionando o disolviendo iniciativas a favor del desarrollo.

A favor de una consideración más ecuánime de este tipo de valoraciones, generalmente asociadas con la *cultura de la pobreza*, se ha señalado desde la antropología que los pobres tienden a responsabilizarse de sus penurias y a considerar como consecuencia de faltas individuales (de falta de virtudes personales) lo que son fenómenos sistémicos complejos, como la misma marginación, que se encuentran relacionados con el conjunto de la dinámica social. Lo cual supone no perder de vista la responsabilidad compartida por el gobierno y el resto de la sociedad en lo que se refiere a los esfuerzos que demanda la superación de la pobreza (Harris 1990).

Así, llama la atención el hecho de que existe una

RECUADRO 4.1

El arte de "saber hacerse el..."

En la Honduras colonial, determinada por su propia realidad, cuando por casualidad se encontraban con cualquier "autoridad", real o aparente, las mayorías "nacionales" se habían inventado y construido (como suele suceder con todos los humanos pero aquí hacemos uso de nuestro propio "modito"), maneras de ser engañosas, lenguajes de doble cara, en donde lo expresado, lo dicho y lo asegurado, corresponde poco y muchas veces a nada a lo que de verdad se es, se piensa o se quiere.

Es el arte de la simulación o lo que aquí se conoce con el nombre del "taimado" muy propio de nuestra cultura "urbana", lo cual, por lo demás, continua campeando en numerosos sectores hasta el día de hoy, principalmente en los círculos políticos y burocráticos. En este sentido recuerdo a nuestra poeta Clementina Suárez, quien por su manera tan directa y franca de ser (maneras socialmente inaceptadas todavía

y remarco el todavía) fue víctima del escarnio en ciertos sectores de la sociedad. Ella, con el fin de darnos un protector consejo, hace apenas 20 años nos decía: "cúdate y apréndete bien esto: aquí [se refería a Tegucigalpa], para 'triunfar' hay que conocer el arte de saber hacerse el pendejo".

Quizás eso, *lo de saber hacerse*, fue lo que don Juan de Tornos, gobernador intendente en 1816, no supo comprender al no captar sino lo aparente, ya que en lo "real" se encontraba también "el otro", es decir aquel que con una energía que en nada se parecía al "ocio", ni a la "docilidad," ni a la "desidia," pocos años después al de su "diagnóstico" estaría guerreando, con pocas pausas, por más de cien sangrientos años. Años cruentos que, como el de ciertos pasajes del lenguaje, para la mayoría de la población desembocaron en "la nada". Ese momento fue, por así decirlo, el cimarronaje desatado en una de sus formas "civilizadas".

Fuente: Colaboración especial de Rafael Murillo Selva 2003.

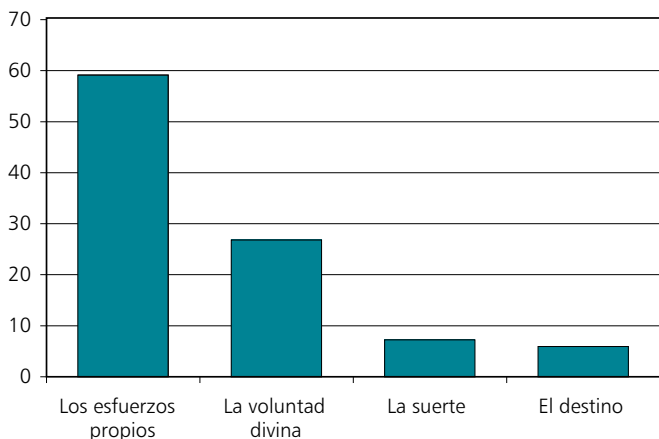
percepción generalizada de que "los hondureños son conformistas y apáticos" (73.2%), en contraposición a ser "emprendedores y comprometidos" (26.4%). Entre todos, los que más presentan la opinión del conformismo y la apatía son las personas de la tercera edad y los de mayores niveles educativos y de ingreso, mientras que no se refleja ninguna diferencia significativa por sexo o dominio urbano-rural. No obstante, tales apreciaciones, aunque llaman la atención acerca de la conciencia que tienen los hondureños de que hace falta una mayor y más enérgica disposición al cambio y la innovación, no pueden juzgarse sin tomar en consideración el contexto de privación y pobreza en que se producen, que puede llevar a una autoculpabilización desmedida.

Al respecto, los resultados del estudio de percepción señalan que para la mayoría de la población hondureña la responsabilidad principal por sus condiciones de vida recae en ellos mismos, aunque al mismo tiempo una proporción significativa de los hondureños estima que la trayectoria de las personas en la sociedad está influida por factores externos a la acción del sujeto. Como se puede apreciar en el gráfico 4.6, el 51.8% de los encuestados opina que los resultados que se obtienen en la vida dependen más de los esfuerzos propios, respuesta que contrasta con las opiniones referidas a la voluntad divina, a la suerte o al destino, que suman en conjunto un 46.7%.

La idea de que los hondureños son apáticos y conformistas no obsta para que en el imaginario se

GRÁFICO 4.6

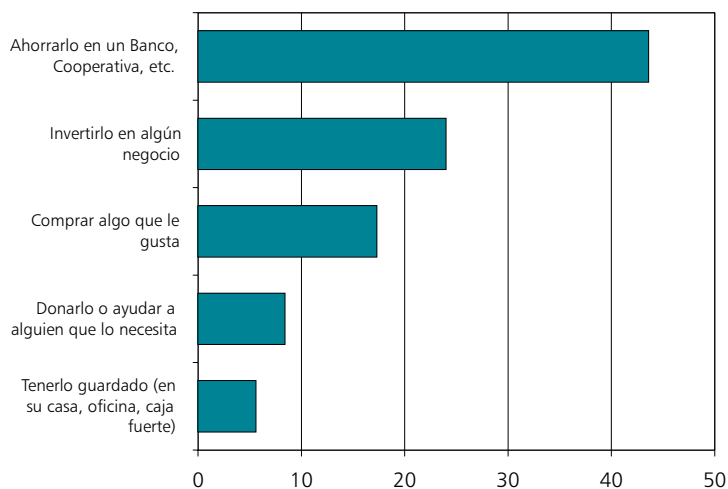
“¿De qué cree que dependen más los resultados que uno obtiene en la vida?” (Respuesta en porcentajes)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

GRÁFICO 4.7

Preferencias de uso de dinero en el caso de que sobrara dinero después de cubrir sus necesidades básicas (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

crea que la responsabilidad principal para salir adelante en la vida corresponde al propio sujeto, lo que presenta una potencialidad para el desarrollo en la medida en que se concibe que éste depende de las capacidades de las personas: “De acuerdo con la noción de desarrollo de la libertad real, podemos caracterizar la expansión de la capacidad humana como la característica central del desarrollo. La capacidad de una persona es un concepto con raíces decididamente Aristotélicas. La capacidad se refiere a las combinaciones de distintos fun-

cionamientos entre los que una persona puede elegir. De esta manera, la noción de capacidad es básicamente un concepto de libertad, o sea, la gama de opciones que una persona tiene para decidir la clase de vida que quiere llevar” (Sen S. A.).

La percepción de que los resultados en la vida dependen de los esfuerzos propios, se vincula de manera directa con la opinión mayoritaria de un 66.2% de los encuestados que expresa que los hondureños son personas trabajadoras. No obstante, de esta opinión favorable, el 79% afirma que “los trabajadores hondureños rinden más cuando la vigilancia y los controles son mayores”. En este sentido, es preciso contextualizar las consideraciones del imaginario en cuanto a la apatía y a la poca disposición emprendedora de los hondureños, en el marco de una sociedad que requiere garantizar y desarrollar los estímulos para el trabajo y para las iniciativas tanto individuales como colectivas. Esto en lugar de atribuir dichos problemas simplemente a las personas, bajo el supuesto de que los pobres son en todo responsables de su pobreza.

A pesar de las actitudes señaladas, los hondureños prefieren el trabajo por cuenta propia (79.6%), antes que el trabajo asalariado (11.8%) o cooperativo (7.8%). Esto presenta un desafío en cuanto al sentido del trabajo, siendo que aunque la preferencia es de trabajar por cuenta propia, las personas tienden a considerar que los hondureños rinden más bajo control y que no manifiestan un espíritu emprendedor.

Uno de los temas relevantes del trabajo es el sentido que las personas dan al mismo. Así, en las sociedades tradicionales el trabajo se legitima por un carácter de ofrenda ritual, mientras que en la sociedad moderna el trabajo adquiere su sentido con relación al ahorro, y en las sociedades posmodernas se vincula principalmente con el consumo (Cousiño y Valenzuela 1994:102-113). En el caso de Honduras, al menos de lo que se deriva de las percepciones, el uso del ingreso y del dinero que en caso hipotético les sobrara a las personas, estaría más orientado al ahorro que al consumo. El 51.8% de los encuestados considera que optaría por ahorrar o guardar el dinero, un 22.9% preferiría invertirlo, el 15.9% se compraría algo que le gustase y un 8.7% lo donaría a alguien que lo necesitase (véase gráfico 4.7).

La economía hondureña se ha distinguido en los últimos años por sus altos niveles de ahorro en comparación con varios países de América Latina, pero esto ha sido a nivel del país. A nivel individual el ahorro sigue siendo muy bajo, lo cual significa que aunque se valore positivamente el ahorro esto no corresponde con las prácticas efectivas de los hondureños. No obstante, los datos de la encuesta igualmente ponen de manifiesto el valor normati-

vo que tiene en la cultura la previsión del futuro. En este sentido, las respuestas apuntan a que se censura idealmente el consumismo y la gratificación inmediata, lo cual puede ser coherente con las tendencias conservadoras de la cultura, en la medida en que encierra un cierto temor al futuro que se considera riesgoso, y con una cautela frente a la incertidumbre que plantean los cambios.

Una cultura común, una identidad formal

La identidad, como fuente de sentido y experiencia para la gente, es un proceso de construcción con respecto a uno o más atributos culturales que son interiorizados por los individuos (véase recuadro 4.2). Las personas nacen en el seno de una cultura que determina la manera en como se ven y se organizan entre sí, en relación con otros y la naturaleza (Palacios 2003).

La existencia de una cultura común favorece los lazos de solidaridad entre los miembros de una comunidad y les permite asumirse como parte de un grupo; en ese sentido, la vivencia de una cultura entraña emocionalmente ciertos símbolos, valores, creencias y costumbres que interiorizan y conciben como parte de sí mismos, en el contexto de una experiencia socialmente compartida (Palacios 2003): “La carga emocional que los individuos depositan en su territorio, lengua, símbolos y creencias a través del proceso de su identidad, facilita la difusión del nacionalismo. El nacionalismo emana de esta adhesión emocional básica a la tierra y a la cultura propia” (Guibernau citado por Palacios 2003:17).

Una representación formal de la cultura

La representación de una cultura común en las percepciones de los hondureños y las hondureñas se puede identificar en algunos elementos tangibles: un 26.9% de los encuestados liga su idea del país a los símbolos patrios como son por ejemplo la bandera, el himno y el escudo; el 24.5% hace referencia a las ruinas de Copán; y, un 12.7% a la selección de fútbol. Seguidamente, se relaciona también a Honduras con la comida y bebida típica, la virgen de Suyapa, y los héroes nacionales (véase el gráfico 4.8). Es interesante subrayar que los aspectos culturales con los cuales se relaciona más la idea del país responden al imaginario moderno que se ha tratado de construir desde el Estado a partir de finales del siglo XIX hasta el presente, y no tanto con los elementos que surgen de las propias formas de vida o de las prácticas cotidianas.

La existencia de estos aspectos de una cultura común se ve reforzada por una percepción de cierta uniformidad entre la población hondureña. La

RECUADRO 4.2

Estudios sobre cultura y desarrollo

Las investigaciones sobre patrones culturales en sociedades estatales se remiten a las ideas de un *ethos* societal o de un “carácter nacional” planteadas por antropólogos como Bateson (1972) y Benedict (1974, 1987) respectivamente sobre la base de la observación de que existen actitudes y emociones configuradas distintivamente por los grupos humanos que influyen en las formas de pensar y de conducirse de una sociedad. Wallace (1961), en la década de 1960, desarrolló modelos estadísticos para plantear rasgos del carácter social con base en distribuciones de frecuencia. La evidencia de que las culturas de las sociedades no pueden entenderse como conjuntos coherentes y orgánicos, semejantes en su unidad a la personalidad humana individual, y la constatación práctica del carácter problemático y contradictorio de las culturas que coexisten bajo los límites políticos y las ideologías de nación de los estados modernos, llevó a replantear este tipo de investigaciones dentro de alcances más limitados.

En esa misma década, Geertz demostró la existencia de tensiones entre los ele-

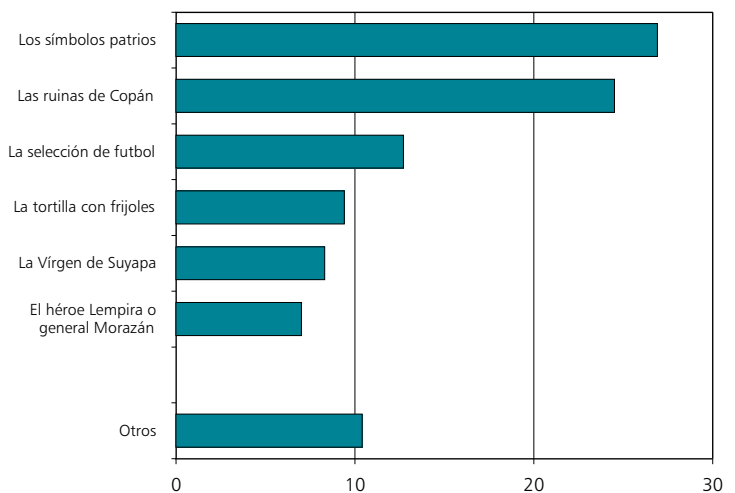
mentos tradicionales y los elementos civiles (o de soporte de los estados) en las culturas de los habitantes de una sociedad, y en lugar de la idea de que los estados eran la realización de aspiraciones nacionales arraigadas, destacó el papel de los programas nacionalistas dirigidos a forjar en los ciudadanos una imagen de comunidad nacional necesaria para su estabilidad y legitimación (Barfield 2000, Geertz 2000).

En las décadas siguientes estos estudios abandonaron el propósito de caracterizar una cultura nacional como unidad integrada y en su lugar se concentraron en la identificación y estimación del papel que podían jugar determinadas orientaciones psicológicas o de conducta en el desenvolvimiento de una sociedad. Particularmente desarrollados han sido los estudios sobre cultura política que arrancaron con los planteamientos de Almond y Verba (1964) que estudiaron los patrones de orientación con respecto a temas políticos que podían influir en el éxito o en el fracaso de la democracia en distintos países.

Fuente: Elaboración propia con base en Almond y Verba 1964, Barfield 2000, Bateson 1972, Benedict 1974, 1987, Geertz 2000, Przeworski 1998, UNESCO 1998, Wallace 1961.

GRÁFICO 4.8

Identificación del país: “Cuando Usted piensa en Honduras, ¿qué es lo primero que se le viene a la mente?” (%)

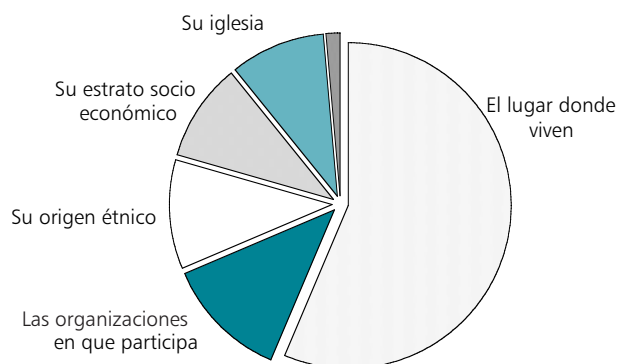


Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003. NOTA: La categoría “símbolos patrios” incluyen símbolos tales como la bandera, el escudo y el himno. En otros han mencionado, entre “otros”, el aguardiente, la pobreza, la violencia y las playas.

gran mayoría de los encuestados, un 85%, se siente “nada” o “poco diferente” de los demás hondureños y hondureñas, lo que *a priori* hace suponer que existen condiciones favorables para facilitar la cohesión social. Sin embargo, el que prevalezca la

GRÁFICO 4.9

Identificación personal: proporción de los encuestados que piensa que los hondureños y las hondureñas se identifican más con las siguientes opciones (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

idea de una sociedad en apariencia uniforme no puede considerarse del todo favorable para el país. Primero, porque inclina a ignorar la heterogeneidad de intereses y grupos sociales que en él convergen; segundo, porque lleva a desconocer la diversidad de pueblos, lenguas y culturas que conviven en el país; y, tercero, porque la articulación de discursos y prácticas identitarias diferenciadas al interior de una sociedad puede favorecer su dinamismo.

La percepción de una sociedad culturalmente homogénea se encuentra asociada al hecho de que la mayoría de la población (92.8%) se identifica como mestiza (INE 2001a). Cabe mencionar que en el Censo Nacional de 1988 la pregunta relacionada con etnicidad tenía que ver con el hablar un idioma indígena, y solamente 1.2% de la población total del país respondió afirmativamente, mientras que en el Censo de 2001 más del 7% manifestó pertenencia a algún pueblo indígena o negro.³

En el estudio de percepción realizado para este Informe, al consultarse a los distintos pueblos indígenas y negros se refleja que son los pech los que en mayor medida manifiestan sentirse “plenamente” o “muy” diferentes de los demás hondureños (33.3%), seguidos por los chortís (32.4%), los garifunas (26%), los miskitos (21.3%), los negros ingleses (19.6%), los lencas (16.8%), los tawahkas (12.5%) y los tolupanes (10%). Es muy significativo observar, sin embargo, que entre estos encuestados que se identificaron con un pueblo indígena o negro del país, en promedio el 60% manifestó sentirse “nada diferente” de los demás

hondureños, lo que quizás podría suponer que las formas de identidad étnica no están en contradicción o no rivalizan necesariamente con las formas generales de identificación nacional.

Junto a las formas de identidad étnica existen otros elementos de identificación social e individual que llevan a las personas a sentirse diferentes de los demás ciudadanos y que ameritan estudios específicos. Los datos muestran que a mayor nivel educativo, mayor la tendencia a diferenciarse de los demás; y que a mayor edad es menor la tendencia a sentirse diferente. Quienes más manifiestan sentirse “plenamente” diferentes son las personas con educación superior (9.8%), cifra que duplica la de las personas con solamente educación primaria (4.7%). En el ámbito departamental son los residentes de Gracias a Dios los que más manifiestan sentirse “plenamente” diferentes (17.1%). Por nivel etario, son las personas de la tercera edad las que mayoritariamente se perciben como “nada” diferentes (79.2%).

Una de las formas de identidad activa que sobresale de los resultados del estudio es la que tiene que ver con el ámbito territorial, la cual supera la identificación con el ámbito étnico, religioso, organizacional y de clase social. Un 62.9% considera que la población hondureña se identifica más con el lugar donde vive (la aldea, el municipio, el departamento o la región) (véase gráfico 4.9). El lugar de nacimiento o procedencia crea vínculos emotivos y ciertas formas de lealtad o apego en las personas en la medida en que se considera que a través de la localidad se establece un lazo con el origen, los antepasados, la familia o los vecinos y paisanos, y que el ambiente y las particulares condiciones de vida han impreso un sello en la formación del carácter y la personalidad. Particulares estilos culturales se asocian, por ejemplo, a los olanchanos, a los santabarbarenses, a los olanchitenses, a los sampedranos y a los tegucigalpenses, a los costeños y a los del interior, aunque se requiere de mayores investigaciones que arrojen luz sobre el asunto.

Una forma de identidad relevante en el país es la que tiene que ver con la Iglesia a la que asisten las personas. Como se aprecia en el gráfico 4.9 ésta es una de las más importantes después de la identificación territorial. Al respecto, el catolicismo muestra predominancia (60.3%), a la vez que se observa una identificación significativa con las iglesias evangélicas (31.1%). Llama la atención el 7.4% que no se identifica con ninguna institución eclesial. Con ello se refleja que la sociedad hondureña vive un proceso orientado hacia el pluralismo y la diversidad de opciones religiosas y culturales como una nueva tendencia en el siglo XXI.

Muy significativo es que la mayoría de la población manifiesta asistir con alta frecuencia a la Iglesia además de las celebraciones y ritos religiosos extraordinarios. Los que manifestaron asistir casi a diario o semanalmente suman 48.3%, mientras que los que dijeron asistir mensualmente o algunas veces al año suman 44.1% (véase gráfico 4.10). En este sentido puede decirse que se ha diversificado el panorama confesional, y que la población del país asiste regularmente a los servicios y ceremonias religiosas.

En países en los que la iglesia ha sido un actor sociopolítico, como es el caso Honduras, su papel en la promoción del desarrollo humano es importante. Como lo muestran los estudios de percepción en Honduras, los niveles de confianza en la iglesia superan a los que se depositan en las instituciones públicas y privadas (Corp. Latinobarómetro 2002, Seligson 2001, PNUD 2002b). Esta confianza se ratifica con la alta valoración que la población hondureña otorga a lo que opinan los líderes religiosos. El 57.5% de los encuestados piensa que la opinión de un líder religioso es más importante que la de un líder político, social o la que se expresa en los medios de comunicación (véase gráfico 4.11).

Una manera diversa de ser: “conformistas”, pero “trabajadores”

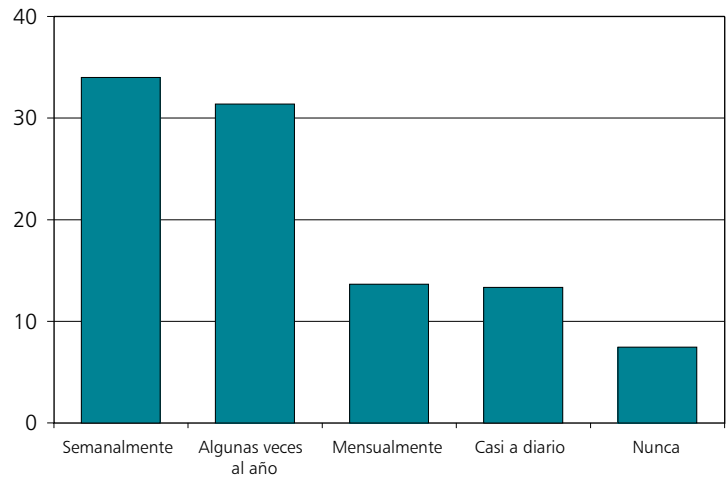
El campo de los valores, igual que el de las creencias y de las prácticas, esta intrínsecamente ligado a la cultura. En este estudio se presenta las percepciones de los hondureños y las hondureñas relacionadas con la responsabilidad en la conservación de los valores, la transformación de los mismos y la caracterización del pueblo hondureño conforme a su modo de ser.

Una pregunta relevante por su conexión con las valoraciones y con las formas de representación de las propias conductas, fue la que se formuló a los encuestados sobre las características que distinguían el modo de ser de los hondureños y las hondureñas. Se trató de una pregunta abierta que devolvió una amplia diversidad de respuestas en consonancia con las múltiples opiniones y los múltiples caracteres individuales que alberga la sociedad. No obstante, se identifican algunas características culturales distintivas, aunque no con un carácter realmente predominante.

Un 45% de las respuestas tiende a calificar el modo de ser de los hondureños con características de connotación positiva, mientras un 35% se inclina a identificar rasgos negativos, y un 20% utiliza adjetivos que no se refieren a características que puedan considerarse positivas o negativas.⁴ Los encuestados identifican mayormente conductas que se inclinan hacia el trabajo, la amabilidad, el respeto, la nobleza y la honestidad, pero se señalan también conductas con inclinaciones hacia el

GRÁFICO 4.10

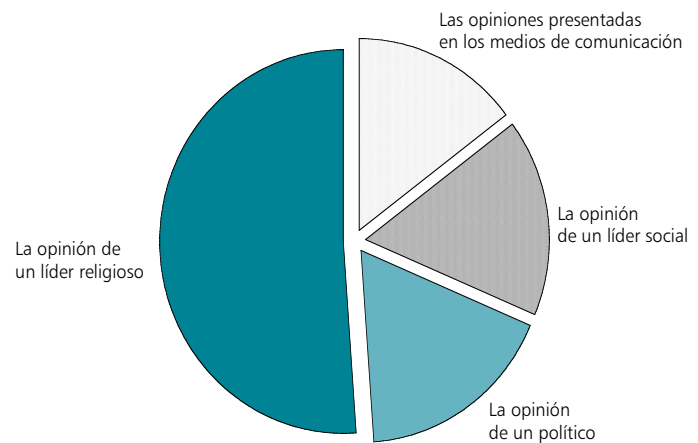
Además de bautizos, bodas y actos fúnebres, ¿cuán a menudo Usted asiste a la iglesia? (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

GRÁFICO 4.11

“En su opinión, ¿qué es más importante para los hondureños(as)?” (%)



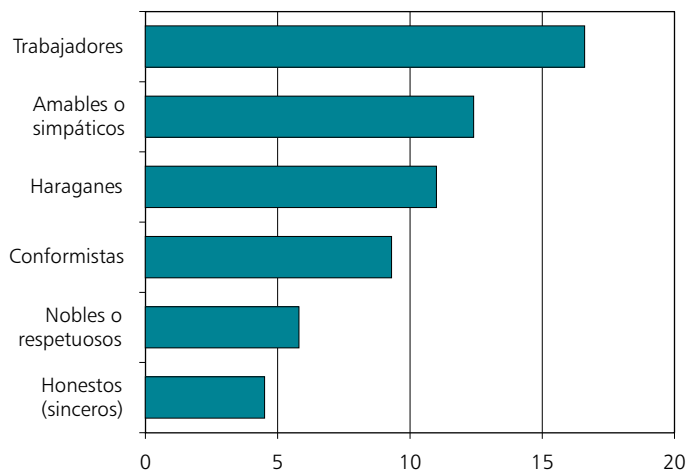
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

conformismo y la pereza (véase gráfico 4.12).

Sobresale el hecho de que la característica más identificada por los encuestados es la de ser “trabajadores”, pero otras de las características más opinadas expresan que los hondureños son “haraganes” y “conformistas”. Sería pertinente indagar sobre la racionalidad del trabajo en la población hondureña, para identificar elementos que estarían obstaculizando el que esta autoidentificación positiva de ser trabajadores se plasme en comportamientos emprendedores e innovadores (véase re-

GRÁFICO 4.12

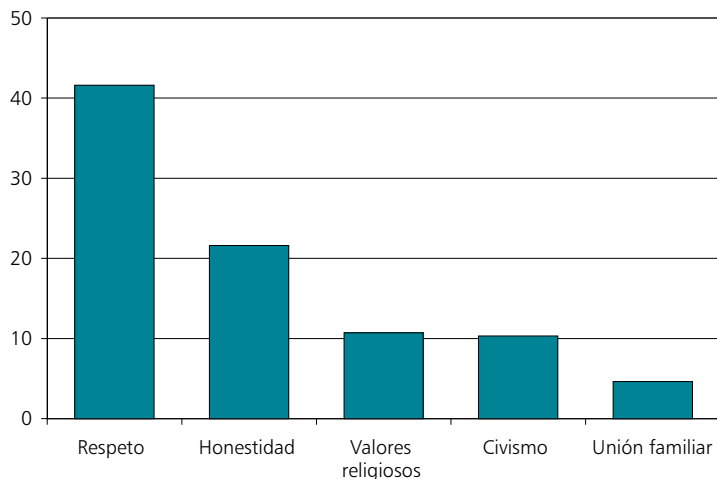
Las principales características en la manera de ser de los hondureños (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

GRÁFICO 4.13

Los principales valores que se han perdido en Honduras durante los últimos diez años (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

cuadro 4.3).

Las respuestas en las que los encuestados califican a los hondureños y las hondureñas de “haraganes”, “conformistas”, “apáticos”, “indiferentes”, “pesimistas” etc., son significativas porque expresan una opinión fuertemente crítica contra el propio modo de ser, que censura la pasividad y la poca disposición al cambio.

También es interesante resaltar que en lo que se refiere al trato interpersonal la población se in-

clina a reconocer atributos positivos (“amables”, “simpáticos”, “respetuosos”, “tolerantes”, “cariñosos”, “educados”, “agradecidos”, “hogareños”, “comprensivos”, etc.), lo que respalda la importancia que los hondureños y las hondureñas otorgan a las relaciones humanas. Esto resulta algo paradójico si se toma en cuenta que en la dinámica social en el país prevalecen altos niveles de violencia, corrupción y desconfianza.

Dentro de la diversidad de características que se identifican como propias de los hondureños y las hondureñas, se mencionan también las que se refieren a las relaciones interpersonales: amistosos, pacíficos, nobles y de buenos sentimientos, humildes e independientes; así como rasgos de la personalidad como la introversión y el de ser poco emprendedores.

Asimismo, la caracterización del modo de ser de los hondureños alude a la existencia de un sustrato de valores requerido para la convivencia social. En una sociedad que está experimentando múltiples cambios, es de suponer que también se sucedan transformaciones en el campo de la ética y de la moral. En ese sentido, se auscultó a la población hondureña sobre los valores que consideran se han perdido en Honduras durante los últimos diez años: Un 41.6% piensa que es el “respeto” el valor que más se ha perdido, luego, un 21.6% responde que es la “honestidad”, un 10.7% se refiere a la pérdida de los valores religiosos, y un 10.3% al “civismo” (véase gráfico 4.13).

Como se vio en el INDH 2002, al analizar el capital social en el ámbito local, en especial en lo que refiere a la interacción entre las personas, se considera que la mayoría de los hondureños no son honestos y que pueden aprovecharse de otras personas si no están alertas (véase también el capítulo 5 de este Informe).

Se observa que entre los valores que se estiman como perdidos, la percepción se decanta hacia los diferentes campos de la vida moral: tanto el privado, como el público y el religioso. No obstante, puede apreciarse que la mayoría (72.9%) de los encuestados ubica los valores perdidos en el ámbito de lo privado o lo personal. La erosión de los valores que afectan directamente las relaciones entre personas, como son por ejemplo el respeto y la honestidad, podría apuntar a elementos generalmente señalados como característicos de las sociedades tradicionales en las que prevalece la responsabilidad del individuo con su comunidad más que la autonomía del individuo, y en las que se estima más la calidad de las relaciones interpersonales que las propias normas de conducta (Etoungamanguelle 2000, Rao 1998).

Honduras es una sociedad en transición en la que las personas asumen que algunas instituciones

El trabajo y lo lúdico

Hasta el día de hoy ha venido transmitiéndose, de poder a poder, que al indio (léase mestizo) "no le gusta trabajar", y que "es vago y perezoso por naturaleza". Esto último es una afirmación que podría ser considerada como un rasgo de "identidad". Tanto es así que es común escuchar comentarios hechos por personas tanto de adentro como de afuera, en países vecinos como por inmigrantes, que aquí, en Honduras "somos la riata para el trabajo". Es en ese sentido que nos interesa realizar el intento por desentrañar o interpretar lo que los textos y las declaraciones ocultan o aclaran.

En cuanto a que los trabajadores libres "huían dejando inconclusos los trabajos" aunque se les ofreciera "salarios más altos", encontramos acertado lo que en relación a ello advierte Linda Newson al indicar que: "se desplazaban libremente de un sitio de trabajo a otro según mejoraban sus ofertas salariales [...] los trabajadores libres se daban cuenta de su poder de negociación" (Newson 1992:262).

Esta apreciación parece estar apegada más a la realidad, que aquella otra según la cual estaban llenos de "inconstancia", "veleidad" y "disbortinaje". Y es que, aunque en la afirmación de esto último hubiese algo de cierto, la misma podría explicarse por el espíritu de libertad e individualismo gestado durante los casi trescientos años de cimarronaje.

Estos hombres y mujeres, esas castas "frugales," "nómadas" e independientes y cuyos antepasados recientes habían sido esclavos o encomendados o blancos excluidos, y a quienes el régimen colonial les había "desprovisto de estatus", retaban constantemente, aún en la cotidianidad, a un orden político económico y cultural que no sólo rechazaban, sino que no sentían hacia él ningún vínculo de pertenencia. En tal sentido, este comportamiento "veleidoso" podría interpretarse como una forma de ver y afirmar un carácter poco amigo de los horarios "disciplinados" impuestos por el poder. En este caso, la libertad de movimiento y acción adquieren un valor incomparablemente más alto que la escasa retribución salarial.

De igual manera habría que considerar otro aspecto que suele no tomarse en cuenta en los estudios cuando se habla de "ocio" y "haraga-

nería". En cuanto al primero, diremos que en lugar de considerarlo como una degradación es más bien una conquista. En otros tiempos el ocio fue un privilegio o un lujo para aquellos que podían dárselo, es decir, para quienes poseían suficientes rentas. Costó mucho trabajo el lograr que el concepto del ocio, aunque sea a medias, se democratizara. En las culturas esclavistas y aun en cierta medida en la de los siervos, era negado como derecho humano. De tal forma que cuando en las crónicas coloniales y en muchos de los juicios que actualmente se vierten, se insiste en llamar ociosos a los indios, a los negros y a los mestizos, es dable sospechar que lo que hay de fondo es un problema de mentalidad que considera como insólito que los "irracionales" tengan derecho a ese tiempo propio.

Para los ladinos, aunque quizás se extralimitaran en el ejercicio de ese derecho y quisieran llevarlo todo "muy al suave", no ha hay duda de que significó, en relación con lo que había sido la vida de sus no muy lejanos antecesores, un espacio conquistado para la libertad. En ciertas circunstancias, "el ocio" y "la haraganería" convertidos en pasividad, podrían a su vez interpretarse como una forma de rechazo o resistencia a formas culturales impuestas y contrarias a una manera de apreciar las cosas, forma esta que había venido modelándose en oposición a los principios de una institucionalidad que convertía en esclavo, siervo o asalariado mal retribuido a quienes no formaban parte del poder.

Lo que habría que preguntarse, en todo caso, es que si fuese cierto que los trabajadores de este país son como piensan o como se les ha venido señalando por algunos círculos de poder ¿por qué entonces, las doscientas o trescientas mil personas, hombres y mujeres, que trabajan en los EE.UU. son inmunes a esos "defectos"? Lo que resulta paradójico en todo caso, es que las remesas que envían, esas hondureñas y hondureños que laboran en el exterior, colaboran de manera sustancial para que a este país no se lo lleve el diablo del todo.

Si lo anterior es así, y estimo que lo es, cabría en tal caso otra pregunta y es la siguiente ¿porque allá sí y aquí no? Responder a esa in-

terrogante no presenta dificultad alguna. Se trata de que allá existe la expectativa (al menos eso) de que después de algunos años de "sacrificio" se obtendrá un fruto que lo pueda justificar; en cambio aquí, en términos generales, ese sacrificio terminará en "la nada". En ese caso, si de la nada se trata, es mejor quedarse "aquí" o "allí" en la repetición y en la inmovilidad del espacio absoluto.

Otra reflexión sobre la clase de relación que se tiene con el trabajo en amplios sectores de la población, se origina en la raíz misma del sentido lúdico gestado tiempos atrás y el cual es todavía palpable en muchos de los actos que hilvanan nuestras vidas.

Es difícil explicar a través de una lógica unívoca, la aparente sin razón de una sociedad como la nuestra, la cual a pesar de sus escalabros y miserias mantiene todavía, cada vez que es posible, el sentido del juego, del relajamiento y del goce. Ya Wells, viajero que anduvo por Honduras en 1856 y a quien el país le pareció "una celda de ermitaños", azorado por los altísimos niveles de miseria que había observado en su trayecto entre Tegucigalpa y Guaimaca observa, sin embargo, el carácter afable y cordial de sus habitantes y la destreza que manifiestan para gozar del baile y de la fiesta.

Es ese profundo sentido de lo que debe ser el trabajo lo que nuestro pueblo, a pesar del cerco que amenaza con ahogarle o asfixiarle, lucha por mantener vivo todavía. Esto último habría que asumirlo como un combate, en el cual, por la dirección que se le está imprimiendo al "desarrollo", el goce en la existencia corre el riesgo de perderse. Perderse, siempre y cuando, pensamos, nos dejemos hacer y que "nos valga".

Lo lúdico es el más profundo signo de nuestra identidad y cultura, y es lo que más nos vincula con el resto de las poblaciones de nuestra América. Si en algo nos diferenciamos los americanos es justamente en eso: en haber conservado, hasta ahora, con terquedad de mula el "valor" de que la vida "con todo y todo" es también para gozar y reír y no solamente para sufrir o cumplir. Ese es, quizás y por ahora, el más profundo aporte que podemos brindarle a la cultura universal.

Fuente: Colaboración especial de Rafael Murillo Selva 2003.

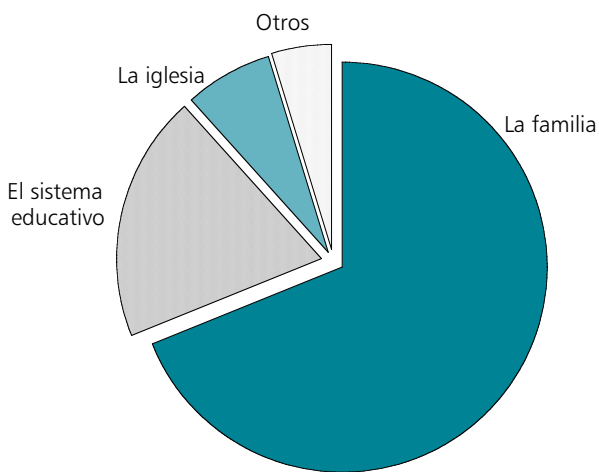
tienen mayor responsabilidad que otras en la conservación de los valores éticos y morales. Como puede verse en el gráfico 4.14, es a la familia y al sistema educativo - y no tanto la iglesia- a las que se les asigna esta función. Un poco más de dos tercios de los encuestados atribuyeron a la familia (68.9%) esta tarea, lo que significa que la población privilegiada para estos efectos el espacio de lo privado. Sobre este punto, no deja de ser preocupante que en Honduras tanto la familia como el sistema educati-

vo presenten serias falencias que las imposibilitan para cumplir efectivamente esta responsabilidad.

Por otra parte, es peculiar que en una sociedad en la que los medios de comunicación han adquirido un papel protagónico en la difusión de la opinión pública, las personas les asignen un bajo nivel de responsabilidad en la conservación de los valores.

GRÁFICO 4.14

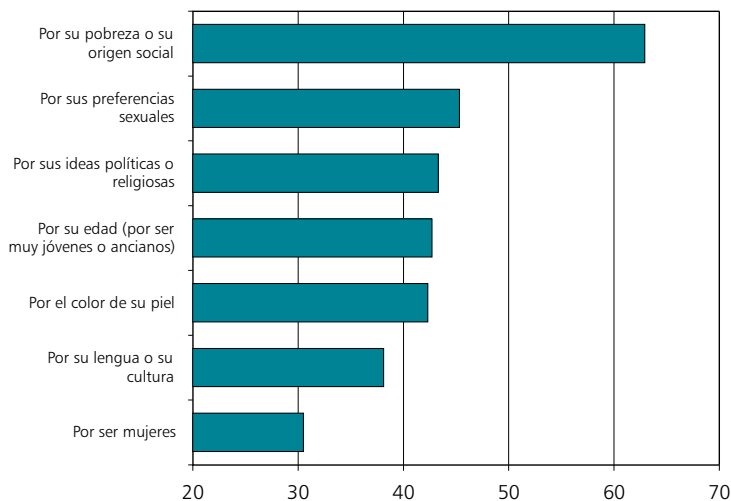
“¿Quién tiene más responsabilidad en la conservación de los valores éticos y morales?” (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

GRÁFICO 4.15

La proporción de los hondureños que está “muy de acuerdo” o “de acuerdo” con que en el país existe discriminación contra las personas por las siguientes razones (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

La necesidad de asumir las diferencias para una mejor convivencia

El desarrollo humano requiere un entorno en el que las personas puedan hacer plenamente realidad sus posibilidades y vivir en forma productiva y creadora de acuerdo con sus necesidades e intereses, y ese entorno se encuentra en buena medida cimentado en la cultura, en la medida en que encierra las formas de vivir en comunidad.

En la actualidad, una dimensión de análisis sobre la cultura es la convivencialidad, que se refiere al conjunto de prácticas y valores, tanto como de orientaciones de la conducta y de las relaciones sociales, que definen la capacidad para vivir juntos y que puede observarse entre los individuos y los grupos de una sociedad. El mundo actual se enfrenta a un desafío: crear, y después consolidar, los espacios, los entornos y las instituciones capaces de suscitar y de favorecer múltiples modos de pertenencia al medio social, así como también la interacción entre gentes “diferentes”, es decir, la convivencia y la creatividad culturales bajo diversas formas basadas, no en el conflicto, la violencia y el rechazo del otro, sino en la paz, la tolerancia, la comunicación y la comprensión (UNESCO 1998).

Se asume así que en toda sociedad existe una diversidad y una interacción de intereses entre grupos o individuos, caracteres e incluso culturas diferentes, que comparten su entorno con “otros”, con los que se establecen patrones de intercambio, de enfrentamiento y negociación, tanto como de vida en común y de enriquecimiento mutuo (Borofsky 1998).

En este estudio se enfocó dos dimensiones primordiales de la convivencia: la percepción sobre la discriminación sociocultural y las relaciones de confianza y solidaridad entre las personas.

La pobreza: el principal motivo de discriminación

La percepción de la población hondureña se encuentra dividida entre una mayoría que considera que los niveles de discriminación en el país son bajos y distintas minorías que consideran que son altos. Especialmente, destaca la presencia muy significativa de formas de discriminación contra los pobres, la persistencia del machismo y la falta de confianza entre las personas, como algunos de los principales problemas de la vida social.

Los hondureños y hondureñas manifiestan estar de acuerdo o muy de acuerdo (56.7%) con que en el país existe discriminación negativa contra las personas por su pobreza u origen social. Aunque en menor escala, la discriminación se percibe también por motivos vinculados con las ideas políticas o religiosas, color de la piel, preferencia sexual, edad, lengua o cultura o por ser mujer (véase gráfico 4.15). Resulta llamativo que las personas desta-

Segregación residencial y la ruralización de la vida urbana

Desde el punto de vista sociológico, el concepto de segregación se refiere a la ausencia de interacción entre grupos sociales. En el sentido geográfico, la segregación se refiere a la desigual distribución de los grupos sociales en el espacio físico. Una modalidad específica de segregación geográfica, es la segregación residencial. Segregación residencial es la que se manifiesta en los denominados barrios marginales en los cuales una multitud de familias debe convivir debido a su condición económica y social relativamente precaria. Se trata de la multitud de familias de bajos ingresos que deben vivir en áreas poco urbanizadas de las grandes ciudades, padeciendo una situación de marginación residencial y cultural.

¿Cuáles son las fuentes primigenias de las cuales se nutren los barrios marginales? No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta que la principal fuente de crecimiento de los barrios marginales es la migración del campo a la ciudad y el crecimiento vegetativo de la población que allí reside. Creo que, en el caso de Tegucigalpa, donde los barrios marginales han ido surgiendo unos al lado de otros en las faldas de las colinas de la ciudad, son básicamente una realidad de la década del setenta y de las posteriores. Los que migraron del campo a la ciudad durante las décadas del cincuenta y del 60, pudieron ubicarse en los barrios populares del casco urbano de la ciudad. Los que han continuado migrando después, tuvieron que ocupar tierras de difícil urbanización y construir sus casas en las faldas de las colinas. Esta realidad se ha ido haciendo cada vez más dramática y es impresionante la cantidad de barrios marginales que han surgido en los últimos tiempos. No sé con exactitud cuántos barrios marginales hay en Tegucigalpa, pero me han dicho que hay más de dos mil. Tampoco dispongo de información que me permita establecer qué porcentaje de la población de Tegucigalpa vive en barrios marginales. Pero creo que sería razonable postular que más de la mitad de la población de la capital de la República vive en barrios marginales.

¿Qué significan los barrios marginales urbanos desde el punto de vista cultural? En esencia, la transferencia de patrones de vida predominantemente rurales a la vida urbana. Estos patrones culturales se reproducen en la vida urbana porque una familia que emigra del campo a la ciudad se encuentra en su nueva área de residencia, que es segregada por excelencia, con otras familias de bajos ingresos

que han emigrado del campo a la ciudad y, en consecuencia, reproducen entre sí el modo de vida a que estaban acostumbrados en la vida rural. Esto ayuda a entender porqué estudios sobre los barrios populares en otras latitudes, han constado la persistencia de patrones de relaciones sociales tradicionales entre los habitantes de los barrios populares. Uno de los aspectos que ha llamado la atención de los investigadores que han conducido estos estudios, es la persistencia en los mismos de los roles tradicionales de género, los que, como se sabe, inducen a ceder la autoridad del hogar al hombre y a la subordinación de la mujer, en abierto desafío a la equidad de género, que hoy se predica entre los círculos de mujeres feministas de clase media. Cito dos ejemplos para ilustración.

En una excelente investigación sobre la migración rural-urbana y los barrios populares en Monterrey, México, a inicios de la década del setenta, los investigadores constataron la prevalencia de la estructura familiar tradicional caracterizada por la posición subordinada de la mujer, que debe obediencia al marido, a quien se visualiza como el depositario de la autoridad en la familia y como el proveedor de la misma, el hincapié en la obediencia de los hijos al padre y otros elementos característicos del patrón patriarcal de dominación familiar que, a su juicio, no han podido ser alterados por la rápida urbanización e industrialización del país. En su caracterización de la familia urbana pobre en Chile, la investigadora Dagmar Raczynski, constata lo siguiente:

La historia de estas familias revela la presencia de normas y pautas culturales fuertemente interiorizadas y aceptadas por hombres y mujeres que definen roles muy rígidos para uno y otro sexo. Apenas se une en forma estable, la pareja se estructura en torno a los roles tradicionales y prescritos para el hombre y la mujer. A la mujer se le asigna el rol doméstico y al hombre el rol de proveedor. El hombre realiza sus actividades en el ámbito externo al hogar. La mujer, por el contrario, es de la casa y debe atender al esposo, a los hijos y a las múltiples tareas domésticas. Evidencia elocuente de la intensidad de estas pautas culturales en los sectores urbanos populares son los motivos y circunstancias que subyacen a la entrada y a la salida de un trabajo remunerado fuera de la casa de la mujer a lo largo de su vida. El factor que domina y define estos movimientos es la actitud, opinión y permiso que

da o no el esposo o conviviente. La mujer suele integrarse a una labor extradoméstica remunerada sólo cuando enfrenta una situación de extrema necesidad económica. En esas circunstancias, ella rompe con una de las reglas del rol que le ha sido asignado y para el cual fue socializada, pero sólo para poder cumplir con otra regla de su condición de madre: asegurar la alimentación y el sustento material de los hijos. (Raczynski 1987:149).

Creo que puede postularse como un hecho objetivo, la persistencia de estos patrones culturales patriarcales en las familias de las colonias marginales o barrios populares en Honduras. Aunque no se han realizado investigaciones que por la vía de las historias de vida den cuenta de la existencia de estos patrones culturales entre hombres y mujeres de las colonias marginales o barrios populares, no me queda ninguna duda de su existencia. Soy de la idea de que es seguro que los cambios sociales y culturales que nos ha traído la apertura económica han urbanizado a los jóvenes de los barrios populares, sobre todo, desde el punto de vista del vestuario. La democratización del consumo que ha traído la ropa de bulto y/o de las maquilas ha permitido que no sea fácil, salvo casos excepcionales, distinguir, por su apariencia exterior a un joven de los barrios populares de uno que no lo es. Pero creo que la apertura económica y la casi virtual universalización de la televisión no han podido cambiar sustancialmente los patrones culturales rurales de los habitantes de los barrios populares. Para ello se requiere, normalmente, del paso de varias generaciones de personas que no sean obligadas a vivir en condiciones de segregación residencial y educativa, que es otro aspecto que debe ser considerado.

El crecimiento acelerado de la oferta educativa privada y la degradación de la educación pública, hacen hoy que la última sea básicamente para los pobres y la primera para los hijos e hijas de clase media y de la clase de altos ingresos. Este hecho refuerza el carácter altamente segregacionista y excluyente de la sociedad hondureña y de otras sociedades latinoamericanas. En todo caso, como nos ha recordado el notable sociólogo norteamericano William Ogburn en su reconocida teoría del rezago o desajuste cultural, los cambios en la cultura inmaterial (las ideas, las actitudes, las creencias) suelen ser más lentos que los cambios en la cultura material.

Fuente: Colaboración especial de Mario Posas 2004.

can la discriminación por razones de pobreza, siendo que es un asunto del que no se habla y no existe mayor conciencia entre los no pobres de la sociedad; asimismo, es relevante el que las respuestas permitan apreciar una cierta gradación entre los demás tipos de discriminación (véase recuadro 4.4).

Puede decirse que la percepción sobre la discriminación de los pobres encaja con los patrones de persistencia de la pobreza y con las amplias brechas de desigualdad que caracterizan a la sociedad hondureña. Como se ha mencionado anteriormente, se trata de un país en el que los pobres siguen

CUADRO 4.1

Percepciones sobre el papel y las capacidades de la mujer y su acceso a las oportunidades (%)

Afirmaciones	Muy de acuerdo o de acuerdo	Poco o nada de acuerdo
"La mujer debe quedarse en casa cuidando a los niños y el hombre debe ser el que salga a trabajar para ganarse el sustento"	54.0	45.4
"Hoy en día las mujeres tienen iguales capacidades que los hombres para ocupar cualquier cargo o profesión"	87.8	11.6
"En Honduras las mujeres tienen iguales oportunidades que los hombres para desarrollarse profesionalmente"	66.2	33.2

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

representando la mayoría de la población y en el que, como ha señalado antes el PNUD, el indicador típico de desigualdad (el Índice Gini que para 2001 era de 0.42) alcanza unos niveles muy elevados para los estándares de uno de los continentes más inequitativos del planeta (Sistema de las Naciones Unidas 2003).

Al considerar las correlaciones entre la percepción sobre la existencia de discriminación y las condiciones socioeconómicas de los encuestados, se encuentra que quienes están más de acuerdo con la existencia de los distintos tipos de discriminación son mayormente aquellos que más las padecen, aunque destaca también el papel positivo de la educación en la denuncia de estas formas de trato social.

De acuerdo con los resultados del estudio, quienes están muy de acuerdo con la existencia de discriminación por la condición de pobreza son mayoritariamente las personas más pobres, aquellas que ganan menos de Lps.500.00 al mes; las que se muestran muy de acuerdo con que existe discriminación por ser mujer son, sobre todo, las mujeres; quienes están más de acuerdo con que se discrimina por el color de la piel, son las personas que se identifican con los pueblos negros (garífunas, miskitos y negro ingleses). Igualmente, quienes están muy de acuerdo con que en Honduras se da una discriminación por la lengua o la cultura son en su mayoría los que se identifican con los pueblos indígenas y negros.

Por otra parte, son los hombres los que están menos de acuerdo que las mujeres con que exista discriminación por las ideas políticas o religiosas o por las preferencias sexuales. Por razón de edad, son los más jóvenes los que mayormente manifiestan estar de acuerdo con los distintos tipos de discriminación, mientras que, a mayor edad, menor

reconocimiento de la discriminación.

En cuanto a la discriminación por razones de género, el estudio incluyó una pregunta complementaria que permite evidenciar la permanencia del machismo en la sociedad. Aunque en la pregunta anterior la discriminación por ser mujeres no fue de las más percibidas (menos personas manifestaron estar "de acuerdo o muy de acuerdo" con su existencia), en las respuestas a la siguiente pregunta, que se presentan en el cuadro 4.1, puede apreciarse que una mayoría de los encuestados estuvo de acuerdo o muy de acuerdo con que la mujer debe quedarse en casa cuidando los niños y que sea el hombre quien salga a ganarse el sustento.

Esto hace presumir que los patrones patriarcales del confinamiento de la mujer al ámbito doméstico no han cambiado lo suficiente en el país como para conferirle un trato más igualitario. La situación, sin embargo, presenta rasgos singulares, pues al mismo tiempo los encuestados manifestaron mayoritariamente estar "de acuerdo" o "muy de acuerdo" con que las mujeres tienen las mismas capacidades que los hombres para ocupar cualquier cargo o profesión, e incluso que tienen las mismas oportunidades que los hombres para desarrollarse profesionalmente. No obstante, pese a que se considera a las mujeres como iguales y a la sociedad lo suficientemente abierta como para que ellas desarrollen sus potencialidades, se sigue pensando según los modos tradicionales de la cultura que el lugar de la mujer es la casa y su principal misión la maternidad y el cuidado de los niños. De acuerdo con los resultados del estudio, son los hombres, las personas de mayor edad, las de menor educación y las que habitan en el área rural, quienes están más de acuerdo con esta afirmación de que "la mujer debe quedarse en casa".

Como era de esperar, quienes estuvieron mayoritariamente muy de acuerdo con que las mujeres debían sujetarse a su rol tradicional fueron los hombres en un 32.4% de los casos, aunque no deja de ser significativo que un 25.8% de las mujeres también estuviera muy de acuerdo con esta opción. Los hombres que están muy de acuerdo con este criterio son mayoritariamente rurales (15.9%) y sin escolaridad (22.8%).

Un desafío cultural: la desconfianza

La segunda dimensión que se indaga sobre la convivencialidad se relaciona con la confianza y la solidaridad, aspectos cruciales en el análisis de la dinámica de la cultura y sociedad hondureña. En cuanto a la confianza entre las personas, el estudio confirma observaciones anteriores con respecto a que sus niveles son bajos en la sociedad hondureña. El 65.6% de los encuestados están "poco" o

“nada” de acuerdo con que en Honduras las personas tienen confianza entre sí; un 58.4% percibe que no hay mucha cooperación para solucionar problemas de la comunidad; y, un poco más de la mitad de los encuestados (52.1%) considera que por lo general no se cumple con los compromisos adquiridos (véase cuadro 4.2) (Sobre capital social en el ámbito local véase por ejemplo PNUD 2002b y el siguiente capítulo de este Informe).

La cultura debe ser considerada en grande, ha dicho Amartya Sen, no como un simple medio para alcanzar ciertos fines, sino como su misma base social. Tomando en cuenta que la cultura admite el dinamismo, puede mantenerse al ritmo de la evolución y el progreso.

Esto es lo que se ha visto hasta ahora a lo largo de este informe, que en Honduras existe una cultura dinámica y cambiante, lo cual implica adentrarse cada vez más profundamente en la relación entre la cultura y el desarrollo. Para lograr un papel constituyente de la cultura en el desarrollo, es necesario contrarrestar las marcadas actitudes de pasividad y conformismo, las distintas formas de discriminación, y los bajos niveles de confianza entre las personas, factores que en su conjunto no generan “un modo de vida y un modo de vivir en

CUADRO 4.2

Percepciones sobre la confianza y la solidaridad en el pueblo hondureño (%)

Afirmaciones	De acuerdo o muy de acuerdo	Poco o nada de acuerdo
“En Honduras las personas se tienen confianza entre sí”	33.8	65.6
“Por lo general los hondureños no cumplen con los compromisos que adquieren”	52.1	47.2
“En Honduras las personas cooperan para solucionar los problemas de la sociedad”	41.0	58.4

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta de caracterización cultural de los hondureños y hondureñas, PNUD 2003.

comunidad” que propicie el desarrollo humano.

En la medida en que el país no logre disminuir sus niveles de desconfianza, de corrupción y de violencia, será cada vez más difícil la conformación de este *ethos* cultural requerido para el desarrollo.

NOTAS

- 1 El estudio se basa en una encuesta de caracterización de los hondureños aplicada a un total de 3,198 personas (mayores de 15 años) en los 18 departamentos de Honduras durante los meses de septiembre y octubre de 2003. Para conocer la metodología utilizada, véase la nota técnica.
- 2 Véase por ejemplo PNUD 2002b y el capítulo 5 de este mismo Informe.
- 3 Aunque las preguntas de los dos censos no son directamente comparativas, dan una idea de la percepción a través del tiempo relacionada con la etnicidad.

- 4 Características positivas son las de, por ejemplo, ser noble, humilde, respetuoso, cariñoso, sincero, tolerante; las de connotación negativa están relacionadas con ser haraganes, conformistas, apáticas, pesimistas, irresponsables, ignorantes, impuntuales etc.; y, las que no encajan fácilmente en una de estas categorías son, por ejemplo, la forma de hablar, cultura, personalidad, el color de la piel y las diferencias.

